

Paciente cero

Jonathan Maberry

Traducción:
Laura Rodríguez Gómez



Libros publicados de Jonathan Maberry

JOE LEDGER

1. Paciente cero

Próximamente:

2. *Dragon Factory*

Título original: *Patient Zero*

Primera edición

© 2009 by Jonathan Maberry

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-604-9 Depósito legal: B-37273-2010

Impreso por Liberdúplex S. L. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Este libro está dedicado a los héroes no reconocidos y a menudo olvidados que trabajan en operaciones encubiertas y en agencias de inteligencia.

Nota del autor

Mucha de la información técnica contenida en esta novela está basada en la ciencia real. Con pocas excepciones, el equipo de vigilancia, los sistemas informáticos y las armas utilizadas por el ficticio Departamento de Ciencias Militares son reales, aunque varios de estos elementos todavía no están disponibles en el mercado comercial.

Las enfermedades priónicas, entre ellas el insomnio familiar fatal, son reales; sin embargo, los parásitos y enfermedades de control utilizados por Gen2000 son totalmente ficticios, aunque inspirados en patógenos similares presentes en la ciencia actual.

He recibido ayuda, consejos e información técnica de muchas personas. En caso de que hubiese algún error técnico me lo tendrán que achacar a mí. Además, quiero dar las gracias a Michael Sicilia del Departamento de Seguridad Nacional estadounidense; al fantástico equipo de la Oficina de Ciencia Forense de Philadelphia, dirigido por el inspector jefe Keith R. Sadler y el capitán Daniel Castro; a Ken Coluzzi, jefe del Departamento de Policía de Lower Makefield; a Frank Sessa; al doctor Bruno Vincent del Instituto de Farmacología Molecular y Celular; a Keneth Storey, doctor por la Universidad de Carleton; a Pawel P. Liberski, doctor en medicina del departamento de Patología y Neuropatología Molecular de la Universidad Médica de Lodz; y a Peter Lukacs, doctor en medicina.

Primera parte Caminantes

«Un héroe no es más valiente que un hombre normal, pero lo es durante cinco minutos más.»

—Ralph Waldo Emerson

1

Cuando tienes que matar al mismo terrorista dos veces la misma semana, o falla algo en tus habilidades o en tu mundo.

Y mis habilidades están perfectamente.

Ocean City, Maryland / Sábado, 27 de junio; 10.22 a. m.

Vinieron a por mí en la playa. Me abordaron disimuladamente cuando me disponía a abrir la puerta de mi coche, dos por delante y uno en la retaguardia, formando un callejón sin salida de tres puntas. Nada demasiado espectacular, solo tres tíos enormes con trajes grises sudando a causa del calor que hacía en Ocean City.

Uno de los tipos levantó las manos como diciendo «No hay problema». Era una calurosa mañana de sábado y yo llevaba puesto un bañador, una camisa hawaiana con dibujos de sirenas sobre una camiseta de Tom Petty, chancas y mis Ray-Ban Wayfarer. Mi arma estaba en una caja de herramientas bajo llave dentro del maletero, con el seguro puesto. Había ido a la playa para ver a la nueva cosecha de bomboncitos que se derriten bajo el sol y llevaba fuera de servicio desde el tiroteo, a la espera de una conversación el lunes por la mañana sobre mi participación en el mismo. Lo del almacén había sido toda una escena y me habían puesto en cese administrativo para que me aclarase las ideas. No me esperaba problemas, no debería haberlos, y la suavidad con la que estos tíos me cerraron el paso estaba pensada para mantener las emociones de todo el mundo en un nivel neutro. Ni yo mismo lo podría haber hecho mejor.

—¿Señor Ledger?

—Detective Ledger —dije para tocar un poco las narices.

Ni rastro de sonrisa en la cara del hombre, solo un ligero gesto con la cabeza. La tenía como un cubo.

—Nos gustaría que viniese con nosotros —dijo.

—Enséñame una placa o lárgate.

Cabezacubo me lanzó «la mirada», pero sacó una placa del FBI y me la mostró. Dejé de leer después de ver las iniciales.

—¿De qué va todo esto?

—¿Le importaría venir con nosotros, por favor?

—Estoy fuera de servicio, chicos. ¿De qué se trata?

No recibí respuesta.

—¿Está al tanto de que tengo que empezar en Quántico dentro de tres semanas?

No recibí respuesta.

—¿Quiere que le siga en mi coche?—No es que quisiese darles esquinazo, pero tenía el móvil en la guantera del todoterreno y me habría gustado confirmar esto con el teniente. Todo aquello me parecía muy raro. No exactamente amenazador, sencillamente raro.

—No, señor. Lo volveremos a traer aquí después.

—¿Después de qué?

No recibí respuesta.

Lo miré primero a él y luego al tipo que tenía al lado. Podía sentir al hombre de retaguardia detrás de mí. Eran grandes y estaban bien posicionados. Con la visión periférica pude ver que Cabezacubo apoyaba todo su peso en el metatarso y estaba bien equilibrado. El que estaba junto a él estaba girado hacia su derecha. Tenía unos nudillos grandes, pero sin cicatrices en las manos. Más que artes marciales, probablemente practicase boxeo; los boxeadores utilizan guantes.

Estaban haciéndolo casi todo bien, solo que estaban demasiado cerca de mí. Uno nunca se debe acercar tanto.

Pero me parecían auténticos. Cuesta mucho imitar el aspecto del FBI.

—De acuerdo —dije.

Ocean City, Maryland / Sábado, 27 de junio; 10.31 a. m.

Cabezacubo se sentó a mi lado en el asiento trasero y los otros dos se sentaron delante; el hombre de retaguardia conducía el Crown Vic del Gobierno. Por la conversación que mantuvieron, podrían haber sido mimos. El aire acondicionado estaba encendido y la radio apagada. Emocionante.

—Espero que no vayamos hasta Baltimore. —Era un camino de más de tres horas y yo tenía arena en el bañador.

—No. —Esa fue la única palabra que pronunció Cabezacubo durante todo el camino. Me recosté y esperé.

Sabía que era zurdo por el bulto que le hacía la funda sobaquera debajo de la chaqueta. Me tenía a su derecha, lo que significaba que la solapa del abrigo me impediría cogerle el arma y que podría utilizar su mano derecha como bloqueo para esquivarme mientras la sacaba. Aquello era profesional y estaba bien pensado. Yo habría hecho prácticamente lo mismo. Sin embargo, lo que yo no habría hecho era sujetar el asa de cuero que había junto a la puerta igual que él. Era el segundo pequeño error que había cometido y me preguntaba si me estaba poniendo a prueba o si habría una pequeña laguna entre su entrenamiento y sus instintos.

Me recosté e intenté comprender esta visita. Si tenía algo que ver con lo ocurrido la semana anterior en los muelles, si de algún modo me había metido en problemas por algo relacionado con eso, tenía clarísimo que pediría un abogado en cuanto llegásemos al lugar al que nos dirigíamos. Y en ese caso también requeriría la presencia de un representante sindical. Esto no era un procedimiento operativo estándar. A menos que fuese un asunto de alcance nacional, en cuyo caso pediría un abogado y llamaría a mi congresista. Lo del almacén estuvo justificado y no iba a permitir que nadie dijese lo contrario.

Durante los últimos dieciocho meses me habían asignado a uno de esos destacamentos especiales interjurisdiccionales que surgieron por todas partes después del 11-S. Algunos somos del Departamento de Policía de Baltimore, otros vienen de Filadelfia y de D. C. y después hay una mezcla de federales: FBI, ASN, ATF y otras combinaciones de letras que nunca antes había visto. En realidad nadie hacía demasiado, pero todos

queríamos pillar cacho si surgía algo jugoso, y con jugoso me refiero a beneficioso para la carrera profesional.

En cierto modo me llamaron a filas. Desde que había conseguido mi placa dorada de detective hacía unos años, había tenido mucha suerte y conseguí cerrar un número de casos mayor a la media, entre ellos dos que tenían vínculos con organizaciones sospechosas de terrorismo. También pasé cuatro años en el ejército y sé un poco de árabe y de persa. Sé un poco de muchos idiomas. Los idiomas se me daban muy bien y eso hizo que me eligiesen en la primera ronda para la furgoneta de vigilancia. La mayoría de la gente que tenía el teléfono intervenido alternaba el inglés con varios idiomas de Oriente Próximo.

Parecía que el destacamento especial iba a molar bastante, pero la realidad fue que me pusieron a hacer escuchas en una furgoneta y, durante la mayor parte del pasado año y medio, bebí demasiado café del Dunkin' Donuts y sentí que me iba creciendo el culo.

Supuestamente un grupo de terroristas de bajo nivel con una leve conexión con el chiismo fundamentalista estaba preparando o traficando con algo de lo que nos dijeron que era un arma biológica potencial. Pero, por supuesto, no dieron detalles, lo que hace que la vigilancia sea una mierda y una pérdida de tiempo. Cuando nosotros (y con nosotros me refiero a los policías) intentábamos preguntarles (a los peces gordos de la Seguridad Nacional) qué era lo que estábamos buscando, nos respondían con evasivas. Nos irían informando a medida que fuese necesario darnos esa información. Ese tipo de cosas ilustra muy bien por qué no estamos seguros. Lo cierto es que si nos lo dijese podríamos tener un papel demasiado importante en el arresto, lo que significa que ellos tendrían menos mérito. Eso es lo que provocó tantos problemas el 11-S y, por lo que sé, no ha mejorado demasiado desde entonces.

El lunes pasado capté trozos de una conversación en un teléfono móvil que estábamos espionando. Surgió un nombre, una persona originaria de Yemen llamada El Mujahid, un pez gordo en el mundo del terrorismo y que está en las listas principales de la Seguridad Nacional. El tío que lo nombraba hablaba como si El Mujahid estuviese implicado en algo que estuviese cocinando el personal del almacén. El nombre de El Mujahid estaba en todas las listas del Departamento de Seguridad Nacional y en aquella furgoneta yo no tenía otra cosa que hacer más que leer, así que me había leído esas listas una y otra vez.

Como yo había dado el aviso contaron conmigo para la redada del martes por la mañana. Éramos treinta y llevábamos uniformes de combate negros con protecciones de Kevlar para pecho y extremidades, cascos con cámaras y equipos completos de SWAT. La unidad se dividió en equipos de cuatro hombres: dos tíos con MP5, un hombre punta con un escudo antibalas y una Glock del calibre 40 y un tío con una escopeta de pistón Remington 870. Yo llevaba la escopeta en mi equipo y abordamos este almacén junto al puerto sin titubear, atravesando cada una de sus puertas y ventanas. Granadas lumínicas de aturdimiento, francotiradores en los edificios colindantes, varios puntos de entrada y muchísimos gritos. Choque y pavor. La idea consiste en sorprender y dominar para que todos los que se encuentran dentro estén demasiado mareados y confusos como para ofrecer una resistencia violenta. Lo último que queríamos cualquiera de nosotros era un O. K. Corral.

Mi equipo había tomado la puerta de atrás, la que conducía a un pequeño muelle. Había un pequeño bote Cigarette, muy cuidado. No era nuevo, pero molaba. Mientras esperábamos la señal para entrar, el tío que estaba a mi lado, mi colega Jerry Spencer del Departamento de Policía de D. C., no le quitaba el ojo de encima al bote. Me acerqué a él, me incliné y le tarareé la canción de *Corrupción en Miami*. Él sonrió. Estaba a punto de retirarse y probablemente ese bote le parecía un billete al paraíso.

Entonces dieron la señal de entrar y, de repente, todo fue muy rápido y ruidoso. Volamos el cerrojo de acero de la puerta trasera y entramos gritándole a todo el mundo que se quedase quieto y que dejase las armas en el suelo. Habré estado en quince o dieciocho cosas de estas mientras estuve en el Departamento de Policía de Baltimore y solo hubo dos ocasiones en las que alguien fue lo suficientemente estúpido como para atreverse a apuntarnos con una pistola. Los polis no alardean y normalmente los malos tampoco. No se trata de quién tiene más pelotas, sino de ejercer una fuerza abrumadora para que no se dispare ni un solo tiro. Recuerdo que, cuando hice el entrenamiento del equipo táctico, el comandante tenía una cita de la película *Silverado* grabada en una placa que había colgada en la sala de entrenamiento: «Yo no quiero matarte y tú no quieres morir». Creo que fue Danny Glover quien lo dijo. Pues ese es un poco el lema.

Así que, normalmente, los malos se quedan donde están, alucinados, dicen que son inocentes y *bla, bla, bla*.

Pero esta no era una de esas ocasiones.

Jerry, que era el más veterano del destacamento especial, era el hombre avanzado y yo estaba justo detrás de él con dos tíos a mis espaldas cuando echamos abajo la puerta y bajamos por un corto pasillo decorado con certificados de inspección enmarcados. Luego giramos a la izquierda y entramos en una sala de conferencias. Había una gran mesa de madera de castaño con al menos una docena de portátiles encima. Justo al otro lado de la puerta había un gran contenedor azul del tamaño de una cabina telefónica, junto a la pared. Alrededor de la mesa estaban sentados ocho tíos con trajes de ejecutivo.

—¡Todo el mundo quieto! —grité—. Pongan las manos por encima de la cabeza y...

Y hasta ahí llegué, porque de repente los ocho tíos se levantaron de sus sillas y sacaron sus armas. Un O. K. Corral, no cabía duda.

Cuando el Departamento de Asuntos Internos me pidió que les dijese cuántos disparos efectué y a quién exactamente, me reí. Doce tíos en una habitación y todo el mundo disparando. Si no van vestidos como tus colegas y hasta cierto punto puedes determinar que no se trata de civiles que pasaban por allí, disparas y te pones a cubierto. Vací el cargador de la Remington y luego la tiré al suelo para coger mi Glock. Sé que el calibre 40 es el estándar, pero siempre me ha parecido que el 45 es más persuasivo.

Dicen que derribé a cuatro hostiles. Yo no hago muescas en mi arma por cada persona que mato, así que me lo creeré. Lo menciono, sin embargo, porque uno de ellos era el hombre número trece de la sala.

Sí, sé que dije que había ocho por parte de ellos y cuatro por la nuestra, pero durante el tiroteo capté movimiento a mi derecha y vi abierta la puerta de la gran caja azul y a un hombre que salía a trompicones de ella. No iba armado, así que no le disparé; en lugar de eso, me concentré en el tío que tenía detrás y que estaba haciendo pedazos la sala con un rifle de asalto chino QBZ-95, algo que solo había tenido ocasión de ver en las revistas. Por qué lo tenía y dónde demonios había encontrado munición para él sigue siendo un misterio, pero aquella cosa hizo una línea de agujeros en el peto de Jerry, que cayó al suelo.

—¡Hijo de puta! —grité, y le metí al tirador dos balas en el pecho.

Entonces, el treceavo tío vino directo hacia mí. Incluso con todo lo que estaba pasando pensé: *un drogadicto*. Estaba pálido y sudoroso, apestaba a alcantarilla y tenía los ojos saltones con una mirada vidriosa. Aquel cabrón enfermo incluso intentó mordirme, pero los protectores Kevlar de las mangas me salvaron el brazo con el que sostenía el arma.

—¡Suéltame! —grité, y le di un revés con la mano izquierda que debería haberlo tirado al suelo, pero lo único que conseguí fue zafarme de él; pasó por mi lado dando tumbos en dirección a otro de los tíos de mi equipo que estaba bloqueando la puerta. Imaginé que se dirigía hacia el precioso bote Cigarette que había fuera, así que me giré y le clavé dos balas en la espalda, así de rápido y fácil. La sangre salpicó las paredes y él cayó al suelo y se arrastró metro y medio antes de caer inmóvil contra la puerta trasera. Volví a girarme hacia la habitación y me tumbé para ponerme a cubierto y poder arrastrar a Jerry hasta detrás de la mesa. Todavía respiraba. El resto de mi equipo seguía destrozando la sala con sus automáticas.

Oí disparos que provenían de otra parte del almacén así que me despegué del pelotón para ver lo que estaba ocurriendo. Me encontré con tres hostiles disparando a ciegas y a discreción a otro de los equipos. Derribé a dos de ellos con las últimas balas que me quedaban y acabé con el último mano a mano. De repente, todo había terminado.

Al final, once supuestos terroristas recibieron disparos, seis de ellos mortales, incluido el vaquero con el rifle de asalto chino y el que me mordió, al que al final maté por la espalda y que, según su identificación, se llamaba Javad Mustapha. Acabábamos de empezar a mirar sus identificaciones cuando un puñado de federales vestidos con monos negros sin ningún tipo de logo entraron, acaparando toda la atención, y nos sacaron a patadas a la calle. Por mí no había problema, pero quería ver cómo estaba Jerry. Resultó que ningún miembro de nuestro equipo resultó muerto, aunque ocho de ellos necesitaban atención médica, la mayoría por costillas rotas. El Kevlar detiene las balas, pero no puede contrarrestar tanto impacto. Jerry tenía el esternón roto y estaba hecho un asco. Los médicos de emergencias lo tenían en una camilla con ruedas, pero estaba lo suficientemente despierto como para despedirse de mí antes de que se lo llevaran.

—¿Cómo te encuentras, colega? —le pregunté agachándome junto a él.

—Viejo y dolorido. Pero te diré una cosa... roba ese bote Cigarette para mí y volveré a sentirme joven y rebosante de vida.

—Parece un buen plan. Yo me ocuparé de eso, viejo.

Hizo un gesto con la barbilla para señalar mi brazo.

—Eh, ¿cómo tienes el brazo? Los médicos dijeron que ese pirado te mordió.

—*Nah*, ni siquiera me rozó la piel —le dije, mostrándoselo. Solo tenía un buen cardenal.

Se llevaron a Jerry y yo empecé a responder preguntas, algunas de los federales de los monos sin marcar. Javad no iba armado y yo lo había acribillado por la espalda, por lo que abrirían una investigación rutinaria, pero mi teniente me dijo que no sería nada complicado. Eso fue el martes por la mañana y hoy era sábado por la mañana. Entonces, ¿por qué estaba en un coche con tres federales?

No hablaban.

Así que me recosté y esperé.

4

Easton, Maryland / Sábado, 27 de junio; 11.58 a. m.

Me metieron en una sala en la que había una mesa, dos sillas y un gran ventanal con las cortinas corridas. Una sala de interrogatorios, aunque el cartel que había fuera decía «Baylor Records Storage». Estábamos en algún lugar de Easton, cerca de la Ruta 50, a más de ciento doce kilómetros de donde me habían recogido. Cabezacubo me dijo que me sentase.

—¿Puedo beber un vaso de agua?

Me ignoró, se marchó y cerró la puerta con llave.

Pasaron casi dos horas hasta que volvió a entrar alguien. No monté ningún pollo. Conocía esta rutina: meter a alguien en una habitación vacía y dejar que le entre la ansiedad. La duda y el sentimiento de culpa pueden hacer mucho cuando estás solo. Pero yo no me sentía culpable ni tenía ninguna duda. Sencillamente me faltaba información, así que, después de echar un vistazo a la habitación, me puse a pensar en mis cosas, recordando el número de bikinis de tanga que había visto. Estaba casi seguro de que había contado veintidós, y de esos al menos dieciocho tenían un derecho legal y moral a llevarlo. Había sido un buen día de playa.

El tío que por fin entró era grande, iba bien vestido, tendría unos sesenta años, aunque no tenía nada de blandengue de mediana edad. Tampoco es que pareciese especialmente duro, no como un fanático de los gimnasios o un inspector de policía de carrera. No, simplemente parecía hábil. A este tipo de tíos hay que prestarles atención.

Se sentó enfrente de mí. Llevaba un traje azul oscuro, una corbata roja, una camisa blanca y gafas con cristales tintados que casi me impedían verle los ojos. Probablemente lo había hecho a propósito. Tenía el pelo corto, las manos grandes y era inexpresivo.

Cabezacubo entró con una bandeja de restaurante de corcho en la que había una jarra con agua, dos vasos, dos servilletas y un plato de galletas. Lo que más me chocó fueron las galletas. Normalmente no te dan galletas en situaciones como esta. Tenía que ser algún tipo de truco psicológico.

Cuando Cabezacubo se marchó, el tío del traje me dijo:

—Soy el señor Church.

—Muy bien —le dije.

—Usted es el detective Joseph Edwin Ledger, de la Policía de Baltimore, treinta y dos años, soltero.

—¿Pretende emparejarme con su hija?

—Sirvió cuarenta y cinco meses en el Ejército y se licenció con honores. Durante su tiempo de servicio no participó en acciones u operaciones militares significativas.

—Mientras estuve en servicio no ocurrió nada, al menos no en la parte del mundo en la que estaba.

—Y aun así sus comandantes y, sobre todo, su sargento de instrucción escribieron maravillas sobre usted. ¿Por qué? —No estaba leyendo lo que decía. No tenía ningún papel. No apartó su mirada ensombrecida mientras servía un vaso de agua para cada uno.

—Quizá porque la chupo muy bien.

—No —dijo—, no es por eso. Coja una galleta. —Empujó la bandeja hacia mí—. También hay varias notas en su expediente que sugieren que usted es un listillo de primera.

—¿De verdad? ¿Quiere decir que superé las ligas menores?

—Y al parecer se cree gracioso.

—¿Quiere decir que no lo soy?

—Eso todavía está por ver. —Cogió una galleta, un barquillo de vainilla, y mordió una esquina—. Tu padre va a dimitir como inspector jefe de policía para presentarse a alcalde.

—Espero que podamos contar con su voto.

—Su hermano también está en el Departamento de Policía de Baltimore y es detective de homicidios de segundo grado. Le supera en rango a pesar de ser un año menor que usted. Se quedó en casa mientras usted jugaba a ser soldado.

—¿Por qué estoy aquí, señor Church?

—Está aquí porque quería conocerlo personalmente.

—Podríamos haberlo hecho en la comisaría, el lunes.

—No, no podríamos.

—Podría haberme llamado y pedirme que me reuniese con usted en algún lugar neutro. En el Starbucks tienen galletas, ¿sabe?

—Demasiado grandes y demasiado blandas.

Comió otro trozo de barquillo.

—Además, esto es más apropiado.

—¿Para...?

En lugar de contestarme, dijo:

—Después de licenciarse del Ejército se enroló en la academia de policía y se graduó el tercero de la clase. ¿Por qué no el primero?

—Era una clase muy grande.

—Entiendo que podría haber sido el primero de haber querido.

Cogí una galleta, una Oreo, y le saqué la parte de arriba. Entonces él dijo:

—Se pasó varias noches de las últimas semanas precedentes a los exámenes finales ayudando a otros tres oficiales a prepararse para la prueba. El resultado fue que dos de ellos lo hicieron mejor que usted y que usted no lo hizo tan bien como debería.

Me comí la tapa. Me gusta comerme las galletas por capas: galleta, nata y galleta.

—¿Y qué?

—Es solo una observación. Promocionó rápido en la policía secreta y más aún para detective. Cartas y recomendaciones notables.

—Sí, soy maravilloso. La multitud me aclama por donde paso.

—Y hay más notas sobre ser un bocazas.

Sonreí con trozos de Oreo pegados a los dientes.

—Ha sido reclutado por el FBI y está previsto que comience su entrenamiento en veinte días.

—¿Sabe también el número que calzo?

Él terminó su galleta y cogió otro barquillo de vainilla. No estoy seguro de si podría confiar en un hombre que prefiere un barquillo de vainilla a una Oreo. Es un defecto de carácter, probablemente un signo de auténtica maldad.

—Sus superiores del Departamento de Policía de Baltimore lamentan mucho que se vaya y el FBI tiene grandes esperanzas puestas en usted.

—De nuevo, ¿por qué no me llamó en lugar de mandarme a sus pistoleros a sueldo?

—Para hacer una observación.

—¿Sobre...?

El señor Church me observó durante un momento.

—Sobre aquello en lo que no quiere convertirse. ¿Qué opinión le merecen los agentes que ha conocido hoy?

Me encogí de hombros.

—Un poco estirados, sin sentido del humor. Pero me abordaron bastante bien. Un buen acercamiento, se mantuvieron fríos y tuvieron buenos modales.

—¿Podría haber escapado?

—No habría sido fácil. Tenían armas y yo no.

—¿Podría haber escapado? —volvió a preguntar, esta vez más despacio.

—Quizá.

—Señor Ledger...

—De acuerdo, sí. Si hubiese querido podría haber escapado.

—¿Cómo?

—No lo sé, no se dio esa situación.

Parecía satisfecho con esa respuesta.

—Lo de la playa pretendía ser una especie de ventana al futuro. Los agentes Simchek, Andrews y McNeill son de lo mejor, no cometen errores. Son lo mejor que puede ofrecer el FBI.

—Entonces... ¿debería estar impresionado? Si no estuviese convencido de que el FBI es el siguiente paso que tengo que dar, no habría aceptado la oferta.

—La oferta no fue mía, señor Ledger. Yo no pertenezco al FBI.

—Déjeme adivinar... ¿la Agencia?

Church enseñó los dientes. Podría haber sido incluso una sonrisa.

—Inténtelo de nuevo.

—¿Seguridad Nacional?

—Ha acertado la liga, pero no el equipo.

—Entonces no tiene sentido que me ponga a adivinar. ¿Es un departamento de esos que son tan secretos que ni siquiera le ponen nombres a las cosas?

Church suspiró.

—Sí tenemos nombre, pero es funcional y aburrido.

—¿Me lo puede decir?

—¿Qué me diría si yo le dijese: «Pero luego tendría que matarle»?

—Le diría que me llevarsen de nuevo a mi coche —respondí y, al ver que no se movía, añadí—: Mire, pasé cuatro años en el Ejército y ocho en el Departamento de Policía de Baltimore, de los cuales los últimos dieciocho meses he sido el chico de los recados para las fuerzas especiales de comunicaciones. Sé que hay niveles y más niveles de información. Bueno, adivine qué, listillo: eso no tengo por qué saberlo. Si quiere decirme algo vaya al grano y, si no, béseme el culo.

—DCM —dijo.

Yo esperé.

—Departamento de Ciencia Militar.

Tragué lo que me quedaba en la boca de galleta.

—Nunca había oído hablar de él.

—Por supuesto que no. —Lo dijo en serio, sin burlas.

—Entonces... ¿esto va a convertirse en una paletada tipo *Men in Black*? Corbatas finas, trajes negros y una cosa con *flash* que me hará olvidar toda esta mierda?

Él estuvo a punto de sonreír.

—Nada de *Men in Black*, nada de ingeniería inversa a partir de ovnis accidentados y nada de pistolas de rayos. El nombre, como dije, es funcional. Departamento de Ciencia Militar.

—¿Una pandilla de científicos *frikis* que juegan en la misma liga que Seguridad Nacional?

—Más o menos.

—¿Nada de extraterrestres?

—Nada de extraterrestres.

—Yo ya no soy militar, señor Church.

—Ajá.

—Ni tampoco soy científico.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué estoy aquí?

Church me miró durante casi un minuto.

—Para ser alguien que supuestamente tiene problemas para controlar su ira no se enfada fácilmente, señor Ledger. En una entrevista de este tipo la mayoría de la gente estaría gritando llegados a este punto.

—¿Acaso gritar me devolvería a la playa más rápido?

—Quizá. Tampoco nos ha pedido que llamemos a su padre. No me ha amenazado con su poder como inspector jefe de policía.

Me comí otra galleta. Me observó dismantelarla y realizar al completo el viejo ritual de la Oreo. Cuando hube terminado, él me acercó el vaso de agua.

—Señor Ledger, la razón por la que quería que conociese a los agentes del FBI hoy es porque necesito saber si es eso en lo que quiere convertirse.

—¿Y eso quiere decir...?

—Cuando mira en su interior, cuando ve su futuro ¿se ve realizando el aburrido trabajo de investigar cuentas bancarias y buscar en registros informáticos para intentar coger a uno de los malos cada cuatro meses?

—La paga es mejor que la de los polis.

—Podría abrir una escuela de kárate y ganar el triple de dinero.

—*Jiu-jitsu*.

Sonrió como si hubiese ganado un punto y me di cuenta de que me había engañado para que lo corrigiese por orgullo. Maldito cabrón.

—Entonces, dígame, sinceramente, ¿es ese el tipo de agente que quiere ser?

—Si esto va a conducir a algún tipo de sugerencia alternativa, deje de tocarme los huevos y vaya al grano.

—Me parece justo, señor Ledger —dijo, y luego le dio un sorbo al vaso de agua—. El DCM está considerando la posibilidad de ofrecerle un trabajo.

—A ver... ¿Ha oído algo de lo que le he dicho? No soy militar ni científico.

—Eso no importa. Ya tenemos muchos científicos. La conexión militar es por pura conveniencia. No, esto estaría en línea con lo que a usted se le da bien. Investigación, detención y algún trabajo de campo como el del almacén.

—Usted es un federal, entonces... ¿estamos hablando entonces de lucha antiterrorista?

Se recostó en la silla y dobló sus grandes manos sobre el regazo.

—Terrorismo es una palabra interesante. Terror... —dijo, saboreando la palabra—. Señor Ledger, estamos muy metidos en ese negocio de detener el terrorismo. Este país está bajo amenazas mucho mayores que todo lo que ha salido en los periódicos hasta ahora.

—¿«Hasta ahora»?

—Nosotros..., y cuando digo nosotros me refiero también a mis colegas de las agencias más clandestinas, hemos detenido más amenazas de las que se podría imaginar, desde maletas nucleares hasta tecnologías radicales de armamento biológico.

—Hurra por el equipo local.

—También hemos trabajado para afinar nuestra definición de terrorismo. En un sentido general, el fundamentalismo religioso y el idealismo político tienen un papel mucho menos importante del que la mayoría de la gente cree, y en esa mayoría incluyo jefes de estado, aliados y no tanto. —Me miró durante un instante—. ¿Cuál diría usted que es el principal motivo subyacente de todos los conflictos mundiales: el terrorismo, la guerra, la intolerancia... todos?

Me encogí de hombros.

—Pregúnteselo a cualquier poli y se lo dirá —le dije—. Al final todo tiene que ver con el dinero.

No dijo nada, pero sentí como su actitud hacia mí cambiaba. Vislumbré en su boca un leve atisbo de sonrisa.

—Parece que todo esto está muy lejos de Baltimore. ¿Por qué me ha traído hasta aquí? ¿Qué tengo de especial?

—No se halague a sí mismo, señor Ledger, no es la primera entrevista que hago.

—Entonces, ¿dónde están esos tíos? ¿Los han devuelto a la playa?

—No, señor Ledger. No pasaron la prueba.

—No estoy seguro de que me guste cómo ha expresado eso.

—No pretendía ser un comentario para consolarle.

—Y supongo que quiere que yo pase ahora la prueba.

—Sí.

—¿Y de qué va? ¿Un puñado de juegos y test psicológicos?

—No, ya tenemos suficiente información sobre usted de los informes médicos actuales y de quince años de evaluaciones psicológicas. Sabemos que en los últimos dos años ha sufrido grandes pérdidas. Primero, su madre muere de cáncer y luego su ex novia se suicida. Sabemos que cuando ambos eran adolescentes les atacaron y que otros adolescentes de más edad le golpearon hasta casi matarlo y le hicieron mirar mientras la violaban. Sabemos todo eso. Sabemos que atravesó una breve fase disociativa y que sufrió problemas intermitentes de ira, la cual es una de las razones por la que acude regularmente a un terapeuta. Es justo decir que comprende y puede reconocer el rostro del terror en cuanto lo ve.

Me hubiera gustado demostrarle ese concepto de ira justo en ese momento, pero supuse que eso era lo que estaba buscando. En lugar de eso, puse cara de aburrido.

—¿Ahora es cuando me debería de sentir ofendido porque haya invadido mi intimidad y todo eso?

—Es un mundo nuevo, señor Ledger. Hacemos lo que tenemos que hacer. Y sí, sé como suena.

Nada en su tono sonaba a disculpa.

—Entonces, ¿qué tengo que hacer?

—En realidad, es bastante sencillo. —Se levantó y bordeó la mesa para acercarse a la cortina que cubría el ventanal. Sin dramatizar, abrió la cortina para mostrar otra sala similar: con una mesa, una silla y un ocupante. Había un hombre sentado y encorvado hacia delante, de espaldas a la ventana, probablemente dormido—. Lo único que tiene que hacer es entrar ahí, esposar y contener a ese prisionero.

—¿Me está tomando el pelo?

—Ni lo más mínimo. Entre ahí, domine al sospechoso, póngale las esposas y enganche las esposas a la arandela que hay sobre la mesa.

—¿Dónde está el truco? Es un tío. Su brigada de matones podría...

—Soy consciente de lo que la fuerza aplastante podría hacer, señor Ledger. Este ejercicio no consiste en eso. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó unas esposas—. Quiero que lo haga usted.

Easton, Maryland / Sábado, 27 de junio; 2.08 p. m.

Lo primero que observé al abrir la puerta de la sala de interrogatorios fue que apestaba. Olía como una planta de tratamiento. El tío no se movía. Era delgado, probablemente más bajo que yo y tenía la piel oscura; sería hispano o de Oriente Próximo. Tenía el pelo negro, lacio y empapado en sudor. Llevaba un mono de prisión naranja estándar y parecía totalmente ido; la cabeza le colgaba casi hasta las rodillas.

Entré en la sala, consciente del gran espejo que había a mi izquierda. El señor Church estaría observándome, probablemente comiendo otro barquillo de vainilla. Alguien cerró la puerta a mis espaldas y al girarme vi a Cabezacubo mirándome a través del cristal. Por un segundo me pareció verlo sonreír, pero luego capté mejor su expresión: era más bien un gesto de dolor. Su rostro se estremeció como si esperase que un escorpión se le echase encima. La gente tenía miedo de este tío incluso estando encerrado detrás de una puerta de acero. Cogí las esposas con la mano derecha y extendí la izquierda con un gesto de calma y autoridad, con la palma hacia fuera. Parece que es para tranquilizar, pero se usa por si necesitas bloquear, agarrar o golpear a alguien.

—Muy bien, amigo —dije muy tranquilo—. Ahora necesito que coopere conmigo. ¿Me oye, señor?

El hombre no se movía.

Bordeé la mesa y me acerqué por su izquierda.

—¿Señor? Necesito que ponga las manos por encima de la cabeza. Señor... ¡Señor! Me acerqué más.

—Señor, necesito que se ponga en pie.

Y lo hizo. De repente levantó la cabeza y abrió los ojos mientras se ponía de pie y se abalanzaba sobre mí. Me dio un vuelco el corazón. Reconocí al tío de inmediato. Esa cara pálida y sudorosa, la mirada vidriosa y los ojos saltones. Era Javad, el terrorista al que había matado en Baltimore. Se lanzó contra mí bufando como un gato. Aunque mediría un metro setenta y pesaría algo menos de setenta kilos, me embistió contra el pecho como una locomotora, transportándonos a ambos a través de la habitación con tanta fuerza que

mi espalda crujió al chocar contra la pared de atrás. Me di un golpe en la cabeza y empecé a ver estrellitas. Le clavé el antebrazo bajo la barbilla mientras Javad me golpeaba como un animal, arremetiendo contra mi brazo, castañeteando los dientes con un ruido similar al de la porcelana. Me agarró por la camisa con ambas manos en un intento por acercarse a mí.

El DVD de mi cabeza no dejaba de reproducir una y otra vez la escena del almacén en la que le había disparado a la espalda. Claro, no le comprobé las constantes vitales después, pero le había disparado dos balas del calibre 45 a cuatro metros y medio de distancia. Eso suele bastar. Y, si no basta, lo único que te queda es la criptonita. Pero para un tío que debería estar muerto, parecía bastante activo.

Aunque todo esto estaba ocurriendo muy rápido, me dio tiempo a fijarme en su mirada. A pesar del gruñido hambriento y retorcido, y del castañeteo de sus dientes, tenía los ojos totalmente vacíos. No había destello de consciencia, ni rastro de reconocimiento de sí mismo, ni siquiera el fuego del odio. Esta no era la mirada muerta de un tiburón, ni mucho menos. Era algo monstruoso porque allí no había nada. Era como mirar una habitación vacía.

Creo que eso me aterraba más que los dientes que mordían el aire a un centímetro de mi tráquea. Justo entonces supe por qué el resto de los candidatos no habían pasado la prueba. Probablemente eran hombres grandes, como yo, fuertes, como yo, y quizás habían sido capaces de contenerlo tanto tiempo como yo... el tiempo suficiente para mirar aquellos ojos sin alma. Creo que fue entonces cuando fallaron. No sé si Javad les destrozó el cuello. No sé si este fue el punto en el que empezaron a gritar pidiendo ayuda y Church envió a Cabezacubo y a sus matones con táseres y porras. Lo que sí sabía era que mirar esos ojos casi me consumía el alma. Podía sentir cómo se me bloqueaba la garganta, un cable helado que enviaba electricidad por todas mis entrañas.

En ellos vi el terror y la desesperación. Vi la muerte.

Aunque todo aquello ya lo había visto antes. Puede que no pasara por ningún campo de batalla del mundo, pero Church tenía razón cuando dijo que había visto el rostro del terror. Pero fue mucho más que eso. No solo comprendí el terror... sino que vi la cara de la muerte. Permanecí junto a la cama de mi madre cuando el cáncer de cuello de útero se la llevó. Yo fui lo último que vio antes de adentrarse en la inmensa y oscura nada, y fui testigo de cómo la abandonaban la luz y la vida; vi como sus ojos pasaban de ser los de una persona viva a los de una muerta. Eso nunca se olvida; esa imagen se graba a fuego en el cerebro. Además, encontré a Helen después de que se tragase media botella de desatascador. Dejó un mensaje de despedida en mi contestador y ya había muerto cuando eché abajo la puerta. También vi sus ojos muertos.

También vi los ojos muertos de los hombres que maté de servicio. Dos hombres en ocho años, sin contar los cuatro del almacén.

Así que ya había visto ojos muertos antes, sabía lo que estaba viendo. Veía muerte, terror y desesperación. No la de mi madre, ni la de Helen, ni la de los criminales que había matado... No, la falta de vida que veo es la mía reflejada en unos ojos que no tienen nada que mostrar. Esa mirada muerta no se puede fingir. Muchos guerreros tienen esa mirada porque están en armonía con la muerte. Church probablemente sabía todo esto. Sabía todo lo demás sobre mí. Conocía mi expediente psicológico. Ese cabrón lo sabía todo.

Javad volvió a atacarme y me rasgó la camisa con los dedos, con su apestoso olor a ave carroñera. No..., eso no es correcto, no era eso. El olor de Javad era el de la carroña.

Olía como los muertos. Porque estaba muerto. Aquel pensamiento me atravesó en un microsegundo el cerebro; el terror ayudó a mejorar su velocidad y su claridad.

Sin embargo, el terror es algo extraño. Te puede arrancar el corazón y echarte a los perros; puede hacer que te calientes y volverte loco, en cuyo caso, el resultado suele ser la muerte. O bien puede enfriarte. Eso es lo que les ocurre a los guerreros, a los de verdad, a los que se definen por conflicto. Como yo.

Así que me enfrié. De repente, el tiempo se detuvo y la sala pareció enmudecer a excepción del martilleo amortiguado de mi propio corazón. Dejé de intentar escapar de algo de lo que no podría escapar. Estaba atrapado en una esquina y Church no iba a mandar a la maldita caballería, así que hice lo mismo que Javad: atacar.

Giré la mano derecha y le di un golpe con la palma de la mano. Le giré la cabeza con tanta fuerza que oí crujir los huesos de su cuello. Eso habría acabado con cualquiera, pero a él lo detuvo en igual medida que las dos balas que le había disparado. Sin embargo, me dio unos segundos para escapar de esos dientes y, cuando Javad empezaba a girar la cabeza hacia mí de nuevo, le enganché la pierna con la mía y le golpeé la parte de atrás de la rodilla. Quizá no podía sentir dolor, pero una rodilla doblada es una rodilla doblada, es cuestión de gravedad. Se inclinó hacia un lado y aproveché su peso para girarlo y estamparlo contra la pared. Lo agarré por el pelo y le aplasté la cara contra la pared una vez, dos, sin parar. Su mandíbula se desintegró, pero cogí lo que le quedaba de ella, enredé los dedos en su pelo y luego voltéé las caderas lo más fuerte y rápido que pude, llevándome conmigo su cabeza. Mi cuerpo se giró lo más rápido y más lejos que su cuello pudo aguantar.

Se escuchó un ruido fuerte y húmedo.

Y Javad estaba muerto. Su cuerpo se apagó como si alguien lo hubiese desenchufado y se desplomó sin más. Me eché hacia atrás y lo dejé caer.

Casi no podía ni respirar; el sudor me corría por la cara, me quemaba los ojos. Oí un ruido a mis espaldas; me giré y allí estaba Church, apoyado en el marco de la puerta abierta.

—Bienvenido al nuevo rostro del terrorismo global —dijo.

Easton, Maryland / Sábado, 27 de junio; 2.36 p. m.

—¿Qué era eso?

Volvíamos a la mesa. Me habían dejado limpiarme en un cuarto de baño. Me duché y me vestí con ropa deportiva prestada. Los temblores habían empezado en la ducha. La adrenalina tenía bastante culpa de eso, pero había algo más. Treinta minutos después me seguían temblando las manos y no me importaba que Church lo viese.

Él se encogió de hombros.

—Todavía estamos buscando un nombre para su condición.

—¿Condición? ¡Ese hijo de puta estaba muerto!

—A partir de ahora puede que consideremos la palabra «muerto» como un término relativo.

Tardé en digerir aquello un buen rato. Church me esperó.

—Ese es el mismo tío al que disparé en el almacén, ¿verdad? Quiero decir..., lo maté del todo. Vi sangre y huesos en las paredes...

—Javad Mustapha, ciudadano iraquí —dijo Church asintiendo—. Tus disparos fueron mortales, pero no de manera inmediata; todavía estaba vivo cuando lo llevaban al hospital, donde ingresó cadáver. Poco después de llegar revivió —dijo, extendiendo las manos—. Nosotros nos ocupamos de controlar ese incidente y no encontrará ninguna mención específica en los periódicos ni en ningún informe oficial.

—Por el amor de Dios... ¿estamos hablando de zombies?

Church sonrió ligeramente.

—Lo llamamos un caminante. Lo sacamos de la película *Pena de muerte*, era el título del libro que escribía la monja. El director de mi equipo científico está muy identificado con la cultura pop. Y antes de que pregunte, no tiene nada de sobrenatural.

—¿Algún vertido tóxico, una plaga...?

—No lo sabemos. Quizá una enfermedad priónica o un parásito. Quizás ambas cosas, pero lo que está claro es que es algo que provoca hiperactividad en las células madre. Fiel a la naturaleza de los parásitos, el infectado tiene un propósito que gira en torno a la

procreación. No en el sentido sexual, por supuesto, sino a través de una mordedura que, al parecer, es cien por cien infecciosa. Lo estamos empezando a investigar.

—¿El mordisco es lo único que es infeccioso? —pregunté. Sentía como si una hilera de hormigas legionarias me recorriese las tripas.

—Hemos hecho una serie de pruebas con el sudor y con otros fluidos corporales, pero la mayor concentración de la enfermedad está en la saliva. La mordedura transmite la infección.

Me miré el cardenal que tenía en el brazo.

—No llevo Kevlar. Si me hubiese mordido ahí dentro...

Él me miró.

Mi pecho era una caldera de ira.

—Usted es una puta rata de mierda, ¿lo sabía?

—Como le dije, señor Ledger, este es el nuevo rostro del terrorismo. Un arma biológica feroz y terrible que todavía no comprendemos. Puede que incluso nos lleve meses construir un protocolo de actuación viable, lo que significa que el tiempo está en nuestra contra. Creemos que su amigo Javad era la versión bioterrorista de un suicida por bomba, el paciente cero de una plaga dirigida contra Estados Unidos. La caja azul que recuperamos en la escena era algún tipo de sistema de contención climatizado, probablemente para proteger a otros miembros de la célula de su propia arma. Ninguno de los otros que había en el almacén mostraba ningún signo de infección. —Hizo una pausa—. Creemos que los hemos detenido.

—¿«Creen»? —me di cuenta de cómo había pronunciado esa palabra.

—Sí, señor Ledger, pero no lo sabemos. Y tenemos que saberlo, igual que tenemos que estar preparados en caso de que esto vuelva a ocurrir. Si Javad es el único vector de la plaga, nos marcaremos un tanto y empezaremos a buscar su siguiente truco, o intentaremos estar preparados para cuando vuelvan a intentar este truco de nuevo. Por otro lado, si hay otros equipos ahí fuera listos para soltar a otros como Javad..., bueno, esa es una de las razones por las que se creó el DCM.

—Entonces debería hablar con el comandante del destacamento oficial porque la noche anterior al asalto salieron de ese almacén dos camionetas. Seguimos el rastro de una, pero perdimos otra...

—Sí. Perder una fue un descuido.

Me contuve para no mandarlo a tomar por culo.

—¿Quién está detrás de todo esto? ¿Es algo de Al Qaeda? Porque el destacamento especial nunca fue capaz de precisarlo.

—Eso todavía no es seguro, aunque tenemos nuestras sospechas. El resto de los miembros de la célula eran una mezcla: Al Qaeda, extremistas chiíes, dos extremistas suníes e incluso uno de la Yihad Islámica Egipcia.

—¿Chiíes y suníes trabajando juntos?

—Interesante, ¿verdad? —dijo Church con sequedad—. El nombre que captaste en tu escucha, El Mujahid, apoya la idea de la colaboración. Se sabe que trabaja con varios de los grupos disidentes más extremistas.

—Supongo que ha interrogado a los miembros supervivientes de la célula.

No dijo nada.

—¿Y bien...?

—Están todos muertos. Suicidio.

—¿Cómo? ¿No les buscaron píldoras de cianuro entre los dientes y toda esa mierda? Church sacudió la cabeza.

—Es algo un poco más inteligente que eso. Estaban infectados con un tipo de patógeno que todavía no ha sido identificado; tenían que tomar un medicamento cada ocho horas para mantenerlo latente. Sin el medicamento la enfermedad se activa a una velocidad increíble y empieza a desgastar de inmediato el tejido vascular. No lo sabíamos hasta que empezaron a tener hemorragias internas y ni siquiera entonces teníamos suficiente información del último para entender todo aquello. La sustancia de control estaba oculta en aspirinas normales. Un lugar donde nunca habríamos mirado.

—¿Es la misma enfermedad que tenía mi pareja de baile?

—No. Y por lo que sabemos no es transmisible. Tengo a algunos de los mejores científicos del mundo trabajando con el DCM y hasta ahora no tienen ni idea. Algunos están realmente impresionados.

—Yo también. Esta movida es algo bastante sofisticado.

—Y al mismo tiempo sencilla. No es necesaria demasiada protección ni amenazas. Lo único que necesitan es una persona con el bote de pastillas para controlarlos a todos. Es muy fácil de manejar. Este nivel de sofisticación mejora nuestra opinión de esta célula y hace su potencial mucho mayor.

—¿Qué les ocurrió a los otros tíos, los que se presentaron a la prueba antes que yo? ¿Les mordió?

—A uno, sí, lamento decirlo. A los otros dos, no.

—¡Por el amor de Dios!

Hice un esfuerzo por no saltar por encima de la mesa y cortarle el cuello. Observé el rostro de Church y vi el cambio de su lenguaje corporal a medida que iba notando la ira en mi voz. Si hubiese saltado sobre aquella mesa habría estado preparado para recibirme.

—¿Y qué pasó con los otros dos? ¿Entraron a rescatarlos?

—No. Los dos consiguieron ponerle las esposas al sospechoso.

—Entonces no lo entiendo.

—El componente físico de la prueba no es lo único que importa, señor Ledger. Todos se enfrentaron al momento de la verdad, igual que lo está haciendo usted ahora, y todos ellos reaccionaron... —hizo una pausa y apretó los labios— de manera inadecuada.

—¿En qué sentido?

—De formas que los identifican como candidatos no aptos —dijo, haciendo un gesto con la mano para desechar esa línea de conversación.

—¿Por qué estoy aquí?

—¡Ah, la pregunta del millón! Está aquí, señor Ledger, porque estamos reclutando candidatos para desarrollar el equipo de DCM. Somos una agencia nueva. Tenemos muchos fondos y una serie de parámetros bastante amplios. Nuestra división de inteligencia está trabajando muy duro para infiltrarse y conseguir información sobre células como la que desactivó su equipo en Baltimore. Estamos vigilando el lugar al que fue la primera camioneta y tenemos esperanzas en descubrir el destino de la otra.

—¿Y quiere contratarme?

Volvió a dejar entrever los dientes. Una especie de sonrisa.

—No, señor Ledger, quiero que vaya a la academia del FBI como tenía planeado.

—Yo no...

—Ahora tendrá más claro a qué partes de ese entrenamiento deberá prestarles más atención. Sería positivo que realizase cursos médicos y de gestión. Probablemente ya se imagina qué otros cursos serían de utilidad.

Permanecimos sentados durante un rato con ese comentario en el aire.

—¿Y cuando termine?

Church extendió las manos.

—Si la amenaza ha sido eliminada, eliminada por completo, puede que nunca vuelva a oír hablar de mí. Si intenta demostrar mi existencia o la existencia de esta organización no encontrará nada que le sea de utilidad. Y le aconsejo que no lo intente. Por supuesto, no diré nada de todo lo que ha ocurrido aquí. Yo no amenazo, señor Ledger. Creo que puedo confiar tanto en su inteligencia como en su sentido común con respecto a este asunto.

—¿Y qué pasa si hay más de esas cosas, de esos... caminantes?

—En ese caso es muy probable que me ponga en contacto con usted.

—Tiene que saber que esto no ha terminado. No puede ser. Nada es tan sencillo.

—Aprecio su colaboración de hoy, señor Ledger.

Tras decir eso se puso de pie y me tendió la mano. Yo la miré y luego lo miré a él, quizá durante diez segundos, durante los cuales no movió ni la mano ni los ojos. Luego me levanté y le estreché la mano. En cuanto se marchó, Cabezacubo y los demás entraron a buscarme y me llevaron de vuelta a mi coche. No dijeron ni una palabra, aunque por el retrovisor vi que me miraban de vez en cuando con desconfianza.

Mientras se iban memoricé el número de matrícula. Luego monté en mi todoterreno y estuve allí durante, quizá, veinte minutos, mirando a través de la ventana la playa y a la gente que jugaba feliz bajo el sol. Entonces me invadió una segunda oleada de temblores y tuve que apretar la mandíbula para evitar que me castañeteasen los dientes. Así me había sentido tras el 11-S. El mundo había vuelto a cambiar. Igual que, en aquel momento, «terror» se había convertido en una palabra mucho más común para todos nosotros, ahora «terror» era una palabra que me asustaba mucho más.

¿Qué iba a hacer si Church volvía a llamarme?

Sebastian Gault / Provincia de Helmand, Afganistán / Seis días antes

Se llamaba El Mujahid, que significa «guerrero del camino de Alá». La vida en la granja le hizo fuerte; su devoción por el Corán lo había centrado. Su amor por Amirah le había dado determinación y probablemente lo había vuelto loco, aunque según los perfiles que había pagado para que le hiciesen a aquel hombre, Sebastian Gault pensaba que el Guerrero ya era un poco retorcido antes de que Amirah le taladrase la cabeza.

Eso hacía sonreír a Gault. Más reinos se levantaron y cayeron, más causas se combatieron y se perdieron por el sexo, o por su burlona promesa, que por ideologías políticas y odio religioso. Y en cuanto a Amirah, Gault compadecía al bruto de El Mujahid. Amirah era una arpía tocapelotas de dimensiones realmente históricas, una auténtica Ginebra: podía inspirar grandes heroicidades, podía permanecer a su lado y apoyar la creación de reinos bien intencionados, pero al mismo tiempo llevaba a reyes y campeones a perpetrar hazañas disparatadas.

Gault se sirvió un vaso de agua y se sentó en la silla. Era una silla plegable destrozada. Estaba junto a una mesa de cartas corroída por el óxido, dentro de una jaima de lona que olía a boñiga de camello, a gasolina y a pólvora. Si a eso le añadimos el olor cobrizo de la sangre, tendríamos el perfume del fanatismo que Gault había olido en cientos de lugares durante los últimos veinticinco años. Al final siempre le olía a dinero. Y el dinero, como él bien sabía, era la única fuerza del universo más poderosa que el sexo.

Gault se recostó, bebió a sorbos el agua y observó a El Mujahid a través de la puerta abierta de la jaima. El Guerrero permanecía erguido en el exterior y estaba gruñendo órdenes a sus hombres. Incluso aquellos que eran más grandes y físicamente más poderosos que el Guerrero parecían encogerse en su presencia. Su poder decrecía mientras que el suyo brillaba como el sol. Una vez los enviaba a hacer cualquiera que fuese el trabajo sucio que les asignaba, se hinchaban como pavos hasta convertirse en gigantes y en instrumentos con los que el puño de El Mujahid golpeaba con una fuerza divina por todo el mundo, atravesando fronteras.

Gault pensaba que su nombre le iba muy bien; un nombre que podría haber sido un código o un disfraz, pero no lo era. Era como si sus padres, una pareja de granjeros casi

analfabetos de alguna parte de Yemen olvidada de la mano de Dios, hubiesen sabido que su único hijo estaba destinado a convertirse en un guerrero. No solo en un soldado de Alá, sino en un general. Era un nombre poderoso para un niño y, a medida que el chico se convertía en un hombre, había ido adoptando el potencial de su nombre. A diferencia de muchos de sus colegas, no fue reclutado por grupos de fundamentalistas militantes, sino que fue él quien los buscó a ellos.

Con treinta años, El Mujahid estaba entre los más buscados por cuarenta naciones y encabezaba la lista de los diez más buscados por Estados Unidos. Tenía vínculos con Al Qaeda y con una docena de grupos extremistas. Era resuelto, implacable e inteligente, aunque no especialmente prudente, y cuando hablaba, el resto escuchaba. Eso hizo que fuese muy temido, del mismo modo que lo es un proyectil teledirigido.

Oh, Amirah..., pensó Gault, ella era algo totalmente diferente. Si el Guerrero era el proyectil, entonces la Princesa (eso es lo que significaba su nombre) era la mano que estaba a los mandos. Bueno..., compartía esos mandos con Gault. Este estimaba que era la colaboración más eficiente, armoniosa y potencialmente lucrativa desde que Aníbal conoció a un domador de elefantes. Probablemente más.

La puerta de la jaima se abrió y por ella entró el Guerrero. No se limitaba a caminar. Tenía el mismo aire arrogante al andar que Fidel Castro y se movía por el espacio como si quisiese magullar las moléculas de aire y enseñarles cuál era su sitio. A Gault siempre le recordaba al personaje del general romano Miles Gloriosus, del viejo musical de Hollywood *Algo divertido sucedió de camino al Foro*. La gran frase con la que empezaba Gloriosus entre bastidores: «Apartaos todos... mis pasos son grandes». A veces Gault tenía que clavarse las uñas en las palmas de las manos para evitar sonreír cuando El Mujahid entraba en una habitación.

El Guerrero cogió la botella de agua y se sirvió un vaso, empapando la mitad de la mesa, y luego la tiró por el aire. Gault se preguntaba en qué punto el fingimiento se había convertido en un rasgo de personalidad auténtico.

—Los equipos se marchan ahora —dijo el Guerrero cogiendo una silla para sentarse. La silla barata crujió bajo su peso, pero él lo ignoró. Era un hombre atractivo con un aspecto inusual para alguien nacido en Yemen. Tenía los ojos castaño claro, casi dorados, y su piel, aunque morena por el sol abrasador, no era tan oscura como la de muchos de sus compatriotas. Durante los últimos dieciocho meses, Gault había conseguido que algunos cirujanos plásticos muy cualificados le hiciesen algún retoque al Guerrero, entre ellos un ajuste del tamaño de sus orejas, un tinte de pelo completo (de pies a cabeza), cambios tonales en sus cuerdas vocales y también le habían suavizado los huesos de la frente y de la barbilla. Todas fueron operaciones pequeñas, pero el efecto total fue que El Mujahid parecía aún más un europeo. Británico. Si le hiciesen un corte de pelo moderno, le quitasen aquel bigote tan gordo y le pusiesen un traje de Armani, pensaba Gault, podría pasar por un ciudadano del norte de Italia o incluso por un galés. La anomalía de la complexión del Guerrero y su capacidad para hablar inglés sin acento alguno y con un toque británico beneficiaba en gran medida los planes que Gault tenía para aquel hombre, y Gault había pagado mucho dinero para asegurarse de que, en las circunstancias adecuadas, el Guerrero fuese un no árabe creíble. Incluso le había proporcionado una serie de cintas de audio para que el Guerrero pudiese practicar el acento estadounidense.

Gault miró su reloj, un Tourneau Presidio Arabesque 36 que le había cogido a un antiguo colega que ya no necesitaba saber la hora.

—Como siempre, amigo mío, eres puntual como un reloj.

—El Corán dice que... —Pero eso fue todo lo que escuchó Gault. A El Mujahid le encantaban las prolizas citas de las escrituras y en cuanto el gran hombre arrancaba, Gault desconectaba. A veces se obligaba a sí mismo a decir mentalmente *bla, bla, bla* para no escuchar la doctrina. Aquello funcionaba y había practicado para empezar a prestar atención de nuevo cuando el Guerrero terminaba con su cierre personal: «Alá es el único Dios y yo soy su ira en la Tierra».

Grandioso, pero empalagoso. A Gault le gustaba la parte de la ira. La ira era útil.

—Muy apropiado —dijo sobre la escritura que no escuchó—. Tus hombres son dignos de elogio por su devoción a la causa y a la voluntad de Alá.

Gault era presbiteriano no practicante. No era totalmente ateo; creía en alguna especie de dios que existía en alguna parte, sencillamente no pensaba que la raza humana tuviese el número directo para comunicarse con lo divino... y por muchas llamadas que hiciese no recibiría respuesta. Para Gault, la religión era algo a tener en cuenta en cualquier ecuación. Solo un tonto menospreciaría su poder o ignoraría su potencial; y solo un loco suicida permitiría que un mínimo atisbo de falsedad aderezase sus palabras. Aunque fuese el socio capitalista, si El Mujahid pensase que se estaba mofando de su fe, Gault vería su cuerpo despedazado y repartido por todas las esquinas de Afganistán. Puede que al principio la arrogancia del Guerrero fuese fingida, pero su fe siempre había sido absoluta.

El Guerrero asintió para dar las gracias por el comentario.

—¿Te quedarás a cenar? —preguntó Gault—. He traído algunos pollos y verdura fresca.

—No —dijo el Guerrero sacudiendo la cabeza con un gesto de evidente pesar—. Mañana cruzo la frontera de Irak. Uno de mis tenientes ha robado un semioruga británico. Voy a supervisar la colocación de minas antipersonas y luego tenemos que ponerlo en algún lugar donde lo puedan encontrar los ingleses o los estadounidenses. Lo organizaremos bien... el extremo frontal sufrirá daños a causa de una mina terrestre y habrá uno o dos británicos heridos en la cabina. Muy malheridos, incapaces de hablar, pero vivos. Eso nos ha funcionado muchas veces. Se preocupan más por sus heridos que por su causa, lo cual debería convencer incluso al hombre más estúpido de que no tienen a Dios en sus corazones ni ningún propósito sagrado que guíe sus manos.

Gault hizo una reverencia para reconocer el valor del comentario. Admiraba las tácticas de El Mujahid, en gran parte porque el Guerrero comprendía el pensamiento de los aliados: siempre favorecían el rescate por encima del sentido común. Eso es lo que hacía tan efectivo el sabotaje para hombres como El Mujahid y el beneficio tan deliciosamente fácil para Gault. Desde mucho antes que el recuento de cuerpos estadounidense alcanzase los cuatro dígitos, tres de las filiales de Gault habían firmado contratos para aleaciones y plásticos mejorados tanto para vehículos de ruedas como para activos humanos. Ahora la mitad de los soldados que había en el campo llevaban camisetas interiores y calzoncillos de polímero antimetralla. Se habían salvado unas cuantas vidas, aunque no es que esto significase algo, excepto para las negociaciones de precios durante las reuniones de los contratos; pero ahí estaba. Así que cuanto más daño pudiese causar El Mujahid con sus inteligentes bombas trampa, más productos de defensa se comprarían. Y aunque los plásticos, los petroquímicos y las aleaciones solo

significaban el once por ciento de sus negocios, le aportaban seiscientos treinta millones de dólares al año. Era beneficioso para ambas partes.

—¡Ah, ya entiendo, amigo mío! —dijo poniendo un tono de pena que sonaba veraz—. Parte seguro y que Alá bendiga tu viaje.

Vio el efecto que causaron aquellas palabras en el gran hombre. El Mujahid parecía incluso emocionado. Maravilloso.

Hacía mucho tiempo que Amirah le había enseñado a Gault qué decir cuando se hablaba de fe y Gault era un buen estudiante y un buen actor. Después de su segunda reunión con el Guerrero (y después de que Gault hubiese observado a escondidas lo mucho que revisaban su equipaje cada vez que venía aquí) empezó a meter en la maleta una copia ajada de una edición francesa de *Introducción al Islam: entender el camino a la verdadera fe*, un libro escrito por un europeo que se había convertido en una voz importante y directa de la política islámica. Gault y Amirah se pasaron horas con el libro, subrayaron pasajes clave, se aseguraron de marcar las páginas más importantes y de que el marcapáginas no estuviese dos veces en el mismo lugar. El Mujahid nunca había hablado abiertamente de lo que pensaba sobre lo que creía que era el proceso de conversión de Gault, pero cada vez que se reunían era más cálido con él; ahora ya lo trataba como si fuese de la familia y siempre lo tenía cerca.

—Habré terminado a tiempo para la siguiente fase del programa —dijo el Guerrero—. Espero que no te preocupes por eso.

—En absoluto. Si no puedo confiar en ti, ¿en quién puedo confiar? —Ambos sonrieron por el comentario—. Todos los trámites están cerrados —añadió Gault—. Estarás en Estados Unidos el 2 de julio..., el 3 a más tardar.

—Es demasiado ajustado.

Gault sacudió la cabeza.

—Menos tiempo deja menos posibilidades de que interfiera el azar. Confía en mí en esto, amigo mío. Es algo que se me da muy bien.

El Mujahid pensó durante un momento y luego asintió.

—Bueno, tengo que irme. Una espada se oxida en su funda.

—Y una flecha que no se lanza se vuelve frágil con la falta de uso —dijo Gault, completando así el antiguo aforismo.

Se pusieron de pie y se abrazaron, y Gault tuvo que soportar los entusiastas abrazos y palmaditas en la espalda del gran hombre. Su olor era nauseabundo y tan fuerte como el de un oso.

Intercambiaron algunas bromas y luego el Guerrero salió de la jaima. Gault esperó hasta escuchar el rugido del camión de El Mujahid. Se puso de pie y permaneció en la puerta de la jaima viendo que el Guerrero y su último equipo desaparecían entre remolinos de polvo marrón y humo de motor mientras subían una colina y la descendían por la otra ladera.

Ahora podía concentrarse en su auténtico trabajo. No eran los plásticos ni los polímeros, ni tampoco la protección corporal para los yanquis, en los que no pensaba ni por un instante. No, ahora se reuniría con Amirah y visitaría su laboratorio para ver qué tenía entre manos su preciosa doctora Frankenstein.

El teléfono por satélite vibró en su bolsillo, miró la pantalla, sonrió y pulsó el botón.

—¿Está todo codificado?

—Por supuesto —dijo Toys. Era lo que siempre decía, se olvidaría de respirar antes que de activar el codificador telefónico.

—Buenas tardes, Toys.

—Buenas tardes, señor. Espero que se encuentre bien.

—Estoy visitando a nuestros amigos. De hecho, tu persona favorita acaba de marcharse.

—¿Y cómo está El Musculín? Siento habérmelo perdido —dijo Toys con un tono tan ácido y mordaz como para atravesar la coraza de un tanque.

Toys —nacido en Purfleet con el nombre de Alexander Chismer— nunca se esforzaba en ocultar su desprecio por El Mujahid. El Guerrero era rudo, sucio y un auténtico demagogo; Toys no era ninguna de esas cosas. Era un joven delgado y elegante, maniático por naturaleza y, por lo que sabía Gault, sin pizca alguna de moralidad. Toys era leal a dos cosas: al dinero y a Gault. Su amor por el primero rozaba el erotismo; su amor por el segundo no era en absoluto romántico. Toys era omnívoro, sexualmente hablando, pero sus gustos se decantaban por cotizados modelos de ambos sexos conocidos antes como *heroin chic*, extremadamente delgados y ojerosos. Además, Toys era un ejemplo de profesionalidad en los negocios y nunca mezclaba sus asuntos personales con sus responsabilidades como ayudante personal de Gault.

También era la única persona en la que Gault confiaba de verdad.

—Te manda todo su amor —dijo Gault. Toys soltó una risilla maliciosa—. ¿Cómo van los preparativos del viaje?

—Está todo listo, señor. Nuestro sudoroso amigo disfrutará de un maravilloso viaje alrededor del mundo sin incidentes.

Gault sonrió.

—Eres una maravilla, Toys.

—Sí —ronroneó Toys—. Lo soy. Y, por cierto... ¿ya la has visto? —Su voz se empapó de veneno frío.

—Llegará en unos minutos.

—*Mmm...*, bueno, pues dale un beso grande y húmedo de mi parte.

—Estoy seguro de que le entusiasmará oír eso. ¿Tienes alguna noticia o solo llamas para charlar?

—En realidad, el maldito yanqui ha estado llamando día y noche.

La sonrisa de Gault vaciló.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué viene tanta urgencia?

—No me lo quiere decir, pero me da que tiene algo que ver con nuestros amigos del extranjero.

—Será mejor que lo llame.

—Probablemente sería lo mejor —coincidió Toys, y luego añadió—: Señor, No estoy del todo seguro de que el yanqui sea... ¿cómo decirlo?, una baza fiable.

—Tiene una ubicación muy útil.

—También un recto la tiene.

Gault se rió.

—Sé bueno. Por ahora lo necesitamos.

—Necesitas mejores amigos —dijo Toys.

—No es un amigo, es una herramienta.

—Y tanto.

—Me ocuparé de él. Mientras tanto, sube tu culo a un avión y reúnete conmigo en Bagdad.

—¿Desde dónde crees que te estoy llamando? —preguntó en un tono seco.

—¿Me estás leyendo la mente? —dijo Gault.

—Creo que esa es la definición de mi trabajo.

—Ya lo creo.

Gault sonrió y colgó. Marcó otro número y esperó mientras sonaba.

—Departamento de Seguridad Nacional —dijo la voz al otro extremo de la línea.